

LAS situaciones y los hechos se repiten con machacona monotonía. No diremos que hasta el aburrimiento, porque el ser protagonistas, aunque pretendamos serlo pasivos, nos obliga a sufrirlas y, por tanto, a reaccionar en uno u otro sentido. Las circunstancias ambientales varían, pero los planteamientos ofrecen abundantes coincidencias. Después de tantos años parece que nada ha cambiado aquí, y los hostigamientos de los grupos políticos a quienes no forman en sus propias filas son los mismos. Volvemos a oír gritar de nuevo «fascistas», englobando indiscriminadamente a muchas personas que ni lo son ni lo han sido, y que adoptan posiciones ideológicas y prácticas bien distintas a las del fascismo. A lo más, a lo más, a los gritos de «fascistas» —como acusaciones, que envuelven una condena, y hasta la ejecución de la misma— se une ahora el de «franquistas».

Mucha Prensa «independiente», en vez de informar a sus lectores, como es su misión, deforma caricaturescamente los actos de aquellos contra los que se sitúa, hasta crearles una imagen preconcebida y falsa. De esta forma, además de contribuir a su solaz, les impide, por un empobrecimiento de la realidad, juzgar imparcialmente, e iniciar el cambio hacia posturas auténticas, decididas por la reflexión y el convencimiento. Generalizar como «fascistas» a sus contrarios les sirve para delimitar a todos lo que no son ellos. Creen interesadamente que, para apartarse de tal denominación, unos no se acercarán y otros abandonarán a quienes pública, reiterada y generalizadamente son así acusados. Pero también hacen, y esto no lo comprenden, que otros, al comprobar la falsedad de la acusación, se empecinen más en sus posiciones, y hasta muestren una mayor adhesión a quienes son injustamente tratados. Recuerdo un artículo publicado en este mismo lugar de ABC poco antes de nuestra guerra, no sé si firmado por Honorio Maure o José María Pemán, que mi padre nos leyó en familia, y que terminaba, después de denunciar y lamentarse de que se les motejara de fascistas: «¿Fascista? Bueno, ¿y qué?». Considerar «fascistas» a estos escritores y dramaturgos supone tanto como que a mi me llamen delgado, alto y rubio; pues, bueno, ¿y qué?, si no soy ninguna de las tres cosas. Sé lo que soy, y por qué lo soy.

Conocemos bien, y es bueno recordarlo, de donde viene tanto uso de la denominación de «fascistas», y con qué fines. Para la técnica de la propaganda la generalización del enemigo, hasta aplicarle un solo calificativo, más que una denominación, es el principio esencial, ya que de esta forma pueden concretarse todos los dardos de las acusaciones, inculpaciones y repulsas, dirigiéndolos hacia un solo blanco. La generalización propagandística precisa descubrir un calificativo apropiado, que pueda surtir dos efectos. Por un lado,

FASCISTAS

acumular en él todo género de carga negativa, hasta hacerlo odioso, a manera de un chivo expiatorio en el que poner todas las culpas, y que será levantado a la consideración general como lo más nefando, odioso, criminal y enemigo, contra lo que hay que estar siempre alerta, y a lo que hay que destruir con todos los medios al alcance. Por otro lado, esa carga negativa que acumulan sobre una denominación, hace que los vacilantes la repulsen con fuerza por temor de ser acusados de ser simpatizantes y, más aún, de estar adscritos a ella. Nadie quiere ser tenido por componente de la generalización que se expresa peyorativamente. De esta forma unos se afilian a lo contrario rápidamente y atacan duramente a aquello de lo que antes se les acusaba, y otros se apartan, quedando inactivos, en la sombra, incapaces de reaccionar positivamente contra quienes les acosan.

La generalización del calificativo «fascistas» procede de los Frentes Populares de los años 30, para marcar negativamente a todos los grupos que no militaban en sus filas, y tuvo un maravilloso efecto propagandístico, pues paralizó muchas voluntades atemorizadas ante la posibilidad de ser tachados de tales. No conozco exactamente de dónde procede la idea de «fascistización» de todo lo que no fuera de extrema izquierda, pero no hay que olvidar que hasta algunos socialistas fueron tachados de «fascistas» cuando no se plegaban a la voluntad de quienes otorgaban tal título. Es muy probable, pues, que la inteligente idea de la generalización, que ha actuado y actúa a manera de un estereotipo, proceda de los grupos más disciplinados, coherentes y mejor dirigidos de la izquierda.

La línea de pensamiento de ABC es independiente y no acepta necesariamente como suyas las ideas que nuestros colaboradores vierten en sus artículos, publicados en nuestras páginas literarias.

Sería ocioso explicar aquí lo que es el fascismo, y cómo, por no militar en la extrema izquierda, no se es necesariamente fascista. Pero lo que resulta ocioso recordar es que el ser tachado de «fascista» supuso para muchos durante la contienda una muerte segura, por muy lejos que se encontraran de la dictadura, del régimen monolítico de poder, y por más que hubieran contribuido a la implantación del sistema dentro del que eran liquidados. Así fueron asesinados como «fascistas» personas tan heterogéneas como el monárquico alfonsino Calvo Sotelo, el ex ministro republicano radical Salazar Alonso, el carlista Víctor Pradera, el ex ministro gil-roblista Federico Salmón, el jonsista Ledesma Ramos, el reformista liberal Melquíades Álvarez, el falangista Primo de Rivera, el obispo de Teruel, el general tenido por masón López Ochoa, el autor teatral Muñoz Seca y otros porque llevaban corbata, colgaban al cuello una medalla o simplemente eran lectores asiduos de ABC o «El Debate». Ciertamente no puede afirmarse, ni aún de lejos, que todo este grupo de personas pudieran ser calificados de «fascistas». Algunos eran todo lo contrario, y en un régimen fascista hubieran sufrido persecución y, tal vez, incluso, pudieran haber sido igualmente condenados.

No sabemos adónde va ahora esta vuelta a la generalización de la denominación de «fascista». Por lo pronto supone como si se pegara en la frente una etiqueta —ahora que están de moda las pegatinas— para marcar y aislar a determinadas ideologías y actitudes. No sé si tendrá algo que ver con lo que ya vimos, para que ocurra igual que ocurrió en el pasado a los que así fueron llamados. Veamos: ser leal, consecuente; afirmar una fe y una esperanza; no renegar de la personal biografía; no mancillar la memoria y la obra de Franco; creer en Dios y en las virtudes del pueblo español para lograr su progreso; ser partidario de la paz pública y del orden social; querer trabajar en paz y honradamente con el noble afán de prosperar y de que prosperen los familiares; dar a cada uno la posibilidad de lograr en la comunidad social el puesto a que tenga derecho por su propio esfuerzo y capacidad, y, para ello, poner a todos en condiciones de que lo logren; resaltar las actitudes positivas y nobles para conseguir las cosas; rechazar el rencor destructor y negativo; amar a la región propia, a las regiones de los demás, y, sobre todo, a España... Nadie puede decir seriamente que esto es fascismo. Pero si lo dice allá él, que sabrá con qué fines nuestros lo dice. Porque nosotros, los que defendemos cuanto acabo de enumerar, yo mismo, no queremos renegar de creer en la virtualidad y bondad de todo ello.

Refresquemos la memoria. Es bueno, porque tal vez recordando lo que pasó se evite que vuelva a ocurrir.

Santiago GALINDO HERRERO

11 ? - junio 1977

ABC